

Cuando fué cesando el chaparrón, el albéitar, que era bastante desahogado, trató de rehabilitarse echándose á reir y diciendo:

—¡Si fué una broma!... ¡lo dije en chanzas!...

Pero sin dejarle acabar la frase, volvieron á írsele todos encima con otra granizada de insultos.

—¡Pillo!

—¡Bribón!

—¡Tunante!

—¡Querías engañar á la gente y dejar libre la tu yegua y las de los amigos!

—¡Y echar á perder á algún pobre!...

—¡Granuja!

—¡Tramposo!

—¡Tuno!...

Y si no se escabulle por entre las yeguas, hubiera habido más que palabras.

El alcalde, al principio, quiso, por la cuenta que le tenía, sostener el reconocimiento, ó por lo menos la validez de las calificaciones hechas antes de la equivocación; pero no pudo.

La gente se le amotinó y no tuvo más remedio que mandar de bagaje indistintamente las diez primeras yeguas que estaban en turno, empezando por la suya.

ASPERGES

Alborozada de veras había despertado aquel día la noble y olvidada ciudad.

Las campanas de su catedral famosa, las de su vetusta colegiata, las de sus cuatro conventos de monjas y las de sus once iglesias parroquiales repicaban todas á un tiempo.

De los engalanados balcones del Consistorio, de la Diputación y del casino principal no cesaban de salir cohetes hendiendo el aire con prolongado silbido, que iba menguando poco á poco hasta extinguirse; y cuando ya parecía del todo apagado... ¡pum! ¡pum!... dos estampidos uno tras de otro...

¿Qué sucedía?

¡Pues apenas nada!... Que se inauguraba el ferrocarril, el suspirado ferrocarril, agente vivificador, arteria poderosa que había de rejuvenecer con nueva sangre á aquella pobre anciana.

Por eso andaban sus hijos tan contentos; por eso, cuando ya querían ser las once, bajaban todos hacia la estación nueva, que estaba á la orilla del río, á donde también acudían á bandadas á ver la máquina los aldeanos del contorno.

El Ministro de Fomento asistía personalmente á la inauguración; el Obispo iba á bendecir la línea; la Compañía concesionaria obsequiaba á los dos altos dignatarios y á las personas principales de la provincia con un banquete...

Entre los convidados que primero se presentaron en el andén se hallaba Colás el de Poblón, diputado á Cortes por uno de los distritos rurales que cruzaba la vía, á quien llamaban de muchacho en su pueblo el *Pavarro*, por su marcada similitud en la perspicacia con los pavos grandes. Mas á pesar de que en efecto parecía tonto, y no digo yo que no lo fuera, se había enriquecido y, mediante el pago de tres mil duros á un candidato ministerial á quien llamaban *Rinconete*, que por esa cantidad le cedió el distrito, había llegado á padre de la patria. Por cierto que lucía un frac nuevo, y como no estaba acostumbrado á él, no sabía qué hacer de las manos. A menudo buscaba instintivamente los bolsos para meterlas en ellos como acostumbraba cuando traía chaqueta; pero como no los encontraba,

las dejaba con desaliento caer de la más desairada manera.

Se había arrimado al Presidente de la Diputación, Paco Vega, que era un buen muchacho, inteligente y amable, de menos edad que él, pero á quien él llamaba respetuosamente don Francisco, y como casi no conocía á nadie más, no se separaba de él un momento.

Cuando llegó la hora, salió el señor Obispo, ya revestido, de una de las salas de descanso. La máquina destinada á conducir el primer tren oficial, muy enguirindolada con los colores nacionales, avanzó mansamente por los rieles, orilla arriba del alto andén, hasta colocarse á los pies del Obispo, que comenzó rociándola con el hisopo mojado en agua bendita y recitando en voz alta la fórmula correspondiente, que es el versículo 9 del salmo 50: *Asperges me hisopo, et mundabor...*, etc.

La gente del pueblo sostenía en tanto diálogos curiosos referentes á la ceremonia.

—¿Qué es eso negro con tantas banderas y tantas cintas? ¿es esa la máquina?

—Sí: esa es la locomotora.

—Y ¿por qué la han puesto tan maja?

—¡Toma! pues porque la van á bautizar.

—¿A bautizar?... ¿Y cómo la bautizan?

—Pues al respectivo, lo mismo que quien bautiza á un niño; porque, ya ves, la loco-

motora se mueve, y es como una criatura, fuera del alma...

—¿Y qué nombre la ponen?

—Mírale: ya le tiene escrito allí á un lao con letras doradas.

—¿A ver?... Ahí dice... *Gaudiosa*...

—Pues eso, *Gaudiosa*... el mismo nombre de la mina de donde sacaron el hierro para hacerla... Porque así como á un niño, aunque sea mala comparanza, le ponen el nombre de su padre, pues á ésta la ponen el nombre de su madre...

—No; si *Gaudiosa* creo que se llamaba la mujer de D. Pelayo...

—Pero también se puede llamar así la mina; porque las minas también se llaman como las personas... *Rosita*... *Juanita*...

Continuaba en tanto la bendición, que fué algo larga, y al pobre Colás, que fuera del *Asperges* que había oído cantar en su pueblo todos los domingos antes de misa, no entendía una palabra de las preces que en latín recitaba el señor Obispo, y además tenía ya gana de comer, se le hacía larguísima, interminable.

—¡Qué pesado es esto!—decía por lo bajo al Presidente!—Cuándo que le quitan la mitra, cuándo que se la ponen... cuándo que le dan el libro abierto, cuándo que se le quitan... En cuanto concluya la bendición comeremos, ¿eh?

—¡Ca! no, señor: si la comida no es aquí, que es en la estación de término. Primero tenemos que hacer el viaje.

Al diputado rural no le sentó bien la noticia; pero ¡qué remedio!

Concluyó al cabo la bendición; se subieron los convidados al tren; se puso éste en marcha, y en poco más de dos horas llegó al extremo de la línea. El Pavarro, que llevaba ya una gazuza que no veía, en cuanto se apeó del coche quiso irse hacia la fonda; pero don Francisco, como él decía, le advirtió que todavía no era la hora de comer, que primero había que firmar el acta.

Nuevo contratiempo.

Se asomó al comedor, sin embargo, para ver los preparativos.

La mesa estaba llena de flores y de frutas. Pero entre unas y otras había también apetitosas fiambres, con las que se le alegró el corazón, haciéndosele ya la boca agua. Se fijó especialmente en un salmón grande en salsa bayonesa, y después de mirarle bien fué á contarle el caso al Presidente de la Diputación, diciéndole:

—Hay allí un platón larguiteño con un pez entero de más de una vara de largo, metido entre barro amarillo.

—Será un salmón,—le dijo Vega.

—Y tiene allí una palina de plata... ¿Para qué es?

—Para apartar, para servirse.

—¡Qué tapín voy á levantar yo con aquella palina!

Al fin... entró la comitiva en la fonda, y Colás, que no se apartaba del Presidente de la Diputación, se fué junto á él y se sentó en seguida.

—¡Chist! levántese usted—le dijo su amigo,—que va el señor Obispo á bendecir la mesa.

El pobre Pavarro creyó que aquella bendición iba á ser tan larga como la de la locomotora, y tuvo gran disgusto. Se equivocaba, por supuesto: aquella bendición fué brevísima; pero así y todo, á él, que no era devoto ni mucho menos, ya le parecían demasiadas bendiciones.

Sentáronse todos. Viendo Colás que los demás desdoblaban las servilletas, desdobló la suya y encontró dentro una cartulina con adornos dorados.

—¿Para qué es este cartonín?—preguntó á Paco Vega.—No será de comer, ¿verdad?

—No; eso es la lista de la comida, el programa del banquete.

—¡Ah! sí: tiene aquí unos letreros...

—Sí: ahí dice lo que nos van á ir dando; pero le advierto á usted que está en francés...

—Ya sé yo algo de francés—dijo Colás,—de oír á mis niños que lo estudian en el

Instituto... *Avez vous votre chapeau...* y así...

El Pavarro comenzó á leer la lista, y al instante hizo un gesto de sorpresa; metió la mano en el bolsillo del chaleco, sacó el dinero que tenía, y apartó un duro y dos pesetas, que dejó sobre el mantel, guardando lo restante.

—¿Qué hace usted?—le dijo Vega.

—Preparar el dinero, porque no me gusta que luego me den prisa cuando cobren... Yo creía que esto era gratis; pero veo que dice aquí: *diner 28 août*, y este *août* no sé lo que es; pero *diner* ya sé que es dinero, y 28 supongo que serán veintiocho reales.

—No, hombre, no; esto no se paga. *Diner* quiere decir comida, y 28 *août*, 28 de Agosto, que es el día en que estamos.

—¡Ah!... ya.

Volvió á ponerse á leer, y en seguida dijo:

—Bueno: esto sí me gusta á mí, que se empiece por el vino, que en algunas partes se lo hacen á uno desear un rato, y á mí me gusta que lo sirvan pronto... Lo digo porque esto primero que dice *Consommé* será consumir, ¿verdad?

—No, hombre: *Consommé* es la sopa.

—¡Ah! ¿*Consommé* es la sopa? ¡Pues cualquiera lo entiende! No creía yo que se diferenciaban tanto el francés y el castellano.

El Pavarro continuó leyendo la lista, figurándose que entendía alguna palabra que otra, pero sin atreverse á comunicar sus figuraciones al Presidente después de la equivocación pasada, hasta que un poco más abajo de la mitad se encontró con una palabra que le hizo exclamar todo alarmado:

—¡A Dios!... ¡Quonian!...

—¿Qué le pasa á usted?—le preguntó su vecino.

—¡Reconian! ¿Sabe usted que nos va á marear hoy el Obispo?

—¿Por qué, hombre?

—Porque tenemos otro *Asperges* á media comida...

—¡Ca! ¿Qué me cuenta usted?...

—Lo que usted oye... Mire usted... Esto bien se entiende... ¿No dice usted que este es el programa? Pues mírelo usted aquí bien claro: *Asperges*... ¡Quonian! ¡Quonian! ¡Como sea tan largo como el primerol!...

Y el Presidente de la Diputación, sin poder apenas contener la risa, tuvo que explicar al diputado rural que aquel *Asperges* que allí leía no era una nueva bendición, sino un plato de espárragos.

LOS MAIMONES

Cuando yo conocí á Juan *Galán* podía tener unos diez y ocho años, y era bajito de estatura, regordete y bastante feo; casi demasiado.

Le hacían mucha burla los otros mozalbetes, que sabían de memoria una especie de filiación ó reseña de Juan, en aleluyas de varias dimensiones, por este estilo:

Sus señas particulares
son un papo y tres lunares;

El pelo ensortijado,
de liendres empedrado,

Color de aceituna,
vergüenza ninguna, etc.

El mote de *Galán* creo que se le había puesto su madre, sin querer, naturalmente. La pobre mujer, á quien, como á todas las madres, parecía su hijo hermoso como un

sol, acostumbraba á llamarle *galán* á cada paso, cuando era niño.

—¡Juan! Ven acá, galán... Haz *esto*, galán... Haz *lo otro*, galán...

Y como precisamente al pobre Juan le sentaba muy mal el epíteto, á la gente del pueblo la hizo gracia y le confirmó con él para toda la vida.

Juan Galán salió con afición á la música, y aprendió á tocar una chifla del sistema primitivo, algo parecida á una dulzaina. Sólo que aprendió á tocarla mal, y siempre la tocó lo mismo. Aparte de que el sonido de la chifla era de suyo bastante desagradable.

Juan se empeñaba, sin embargo, en acompañar con ella á los mozos todas las noches que cantaban la ronda, no sin que protestara siempre Manolín, el mozo viejo que tocaba el tambor, quejándose de que Juan con la chifla le hacía perderse.

—En cuanto se pone á mi lado ese demonio de ese disonante, decía Manolín, y comienza á hacer el *fluu, fluu*, ya no sé por dónde ando.

Los demás mozos, fuera de Manolín, toleraban á Juan Galán porque les divertía mucho con sus cosas.

Cada noche inventaban un juego nuevo en el que Juan fuera el pagano, y al día siguiente contaban las inocentadas de Juan,

ponderando lo mucho que se habían reído á su cuenta.

La dueña de las ovejas que guardaba Juan, que por entonces era pastor, le reconvénia de cuando en cuando compadecida de su simpleza.

—No vayas á cantar la ronda con los mozos, Juan, no vayas—le decía.—¿No ves que hacen diabluras contigo, y siempre se ríen de tí?... ¡Cuánto mejor estás en casa!

—¡Quiá! No, señora—la contestaba Juan:—déjeles usted que se rían... Ellos se ríen de mí, y yo me río de ellos... Así se divierte la gente.

Nada. No había manera de sacarle de esta conformidad desastrosa.

Una noche discurrían los mozos, para divertirse con Juan, ponerse á jugar en medio de la plaza á *Cierros*, que es un juego parecido al de la gallina ciega, donde la mayor dificultad no consiste para el vendado en coger á uno de los que andan alrededor y le dan cachetes y empujones, sino en acertar á decir quién es el que tiene cogido.

—*Cierro* tengo,—dice el vendado cuando ha logrado sujetar á uno de los que juegan.

—¿Quién es?—le preguntan en seguida.

—Fulano,—contesta él.

—¡Cebada!—le responden si no acierta; y tiene que seguir vendado.

Si acierta á decir el nombre del preso, le responde el coro: «¡Que lo pague!» y entonces se quita la venda para que se la ponga el cogido.

Excusado es decir que Juan no acertaba casi nunca.

Si por casualidad acertaba una vez y se veía libre, como llevaba zamarra, y era el único que la llevaba, en cuanto el nuevamente vendado le palpaba la lana conocía que era él, decía su nombre, y tenía Juan que volver á vendarse; con lo cual seguían dándole *cebada* y hundiéndole á golpes.

Habiendo llegado á entender que le conocían por la zamarra, discurrió quitársela.

Pero el infeliz se quedó en mangas de camisa, cuando los otros tenían chaqueta, y le conocían lo mismo...

Otra noche discurrían jugar á la *zapata*...

—A ver quién se pone en el corro—decía uno:—si no hay quien se preste voluntario, hay que echar suertes...

—Que se ponga Juan,—decía otro...

Y en efecto: Juan se prestaba voluntario, se sentaban en corro cubriéndose las piernas con una manta, y ¡corra la zapata, corra! y la zapata corría sin cesar sin que Juan lograra cogerla en manos de nadie, y toda la noche estaba en medio llevando zapatazos en las costillas.

Otra noche discurrían jugar al *moscardón*, y... lo mismo. Juan Galán era el que estaba siempre en medio para que le volvieran loco á guantadas.

Pues una noche estando en la hila le propusieron otros mozos si quería ir con ellos á *maimones*.

—¿Qué son maimones?—preguntó Juan ingenuamente.

—¡Ja, ja, ja, ja!...

—Pero ¿no sabes qué son maimones?

—Pero ¿nunca has visto los maimones?

—Pero ¿no has ido nunca á maimones?

—Pero ¿dónde te has criado que no conoces los maimones?

La carcajada general y la lluvia de preguntas que siguieron á la suya, convencieron á Juan Galán de que los maimones debían de ser muy conocidos y de que, por consiguiente, no le convenía confesar su ignorancia, sino por el contrario, aparentar que estaba al tanto de todo y que sólo en broma había hecho la primera pregunta.

—¿Pues no he de saber yo lo que son maimones?—repuso Juan.—¡Bueno, bueno!... Lo sé de sobra...

—Entonces ¿para qué preguntabas lo que eran?

—¡Toma! porque en algo se ha de divertir uno.

—Bueno; y ¿te atreves á ir á ellos, ó no?

—¿Cuándo he dicho yo que no á nada?... Por mi, ya estamos andando...

—No van á salir esta noche los maimones—dijo siguiendo la broma uno de los ancianos de la hila,—porque es ya muy tarde.

—Sí salen, sí—le contestó un mozo:—todavía salen, y habiendo como hay un poco de nieve, mejor.

—Harto será que salgan—añadió una hiladora...—y lo que vais á coger será buen frío en el soto, porque siempre á las orillas del río corre una bufina...

—El frío es lo que menos importa,—dijo Juan Galán, siempre animoso para todo.

—Así es—dijo uno de los expedicionarios;—y especialmente á tí, si vas decidido á traer uno, poco te puede importar el frío, porque ya entrarás en calor.

—Denos usted dos ó tres costales,—dijo otro, dirigiéndose al ama de la casa.

—Bastante será uno,—replicó ella.

—No, no: denos usted dos ó tres—insistió el que pedía;—porque podremos acaso coger más de un bicho... y de todos modos más vale que sobren que no que falten.

Con todas estas cosas, combinadas allá á su manera en su angosto caletre, Juan Galán, que nunca hasta entonces había oído hablar de maimones, se iba figurando que se trataba de caza ó de pesca; es decir, que

los maimones debían de ser algunos animaluchos residentes en el río ó en sus orillas, y no se veía en horas de marchar para ver si lograba coger alguno.

En cuanto el ama de la casa trajo los costales, salió de la cocina la expedición, compuesta de siete ú ocho individuos.

—Hasta luego,—dijeron los que se iban.

—¡Que os pinte bien!—dijeron con aparente formalidad los que se quedaban.

Cuando los cazadores ó pescadores, pues Juan no sabía todavía lo que eran, llegaron al soto, el que dirigía la operación cogió á uno de sus compañeros y le dijo:

—Quédate aquí, que éste es buen sitio, y no te muevas hasta que te llamen. Y si sale alguno, dale un buen palo, á ver si le ataravinas. Si te ves apurado, llamas.

Veinte pasos más adelante cogió á otro compañero y le dijo lo mismo.

Y otros veinte pasos más allá, ya cerca de la orilla del río, entre unas salgueras, cogió á Juan Galán y le dijo otro tanto...

Por supuesto, que los dos primeros destacados, como conocían perfectamente la broma, en cuanto se quedaron solos echaron á andar para casa tranquilamente, y poco después de haber vuelto á entrar en la hila, entró también el resto de la cuadrilla, menos Juan Galán, que era el único que se había quedado de centinela en medio del soto.

Después de muy reído el caso se pusieron á jugar á la brisca, y llevaban ya jugados tres ó cuatro partidos, cuando el ama de la casa, compadecida del pobre Juan Galán, les dijo:

—¡Vamos, vamos! Dejad ya eso y volved por aquel pobre muchacho, que se estará helando de frío.

—¡Ca! No lo crea usted—la contestó uno.—Estará en sus glorias, esperando los maimones.

—¡Andad, andad—insistió ella,—que para broma ya es buena!

—Pues vamos allá,—dijeron ellos.

Y encaminándose silenciosos á la orilla del río, teniendo cuidado de no pasar por donde estaba Juan Galán, metieron en uno de los costales una piedra enorme que lo menos pesaría ocho arrobas, y después de bien atada la boca del costal, empezaron á gritar con alborozo:

—¡Luis! ¡Juan! ¡Quico! ¡Pepel! ¡Acá, acá, que ya cayó uno!

Juan Galán llegó de cuatro saltos á donde oía las voces, y se encontró con sus compañeros que aparentaban grande regocijo.

—Tardaron en salir—decían;—pero al cabo salió uno bueno...

—¿Es muy grande?—preguntaba alguno de los últimamente llegados.

—No, muy grande no es; pero está muy gordo,—le contestaban.

—Pesa como un pecado mortal,—añadía otro sopesándole.

Juan manifestó deseo de verle; pero le pusieron por delante el peligro de que se escapara si se abría el costal, porque no estaba muerto, sino solamente atontecido.

—Lo que has de hacer es cargar con él cuanto antes—le dijo el director de la operación;—ya que no le cogiste, llévale.

Y el pobre Juan Galán, ayudándole los demás á echarle al hombro, cargó con el costal y echó á andar, llegando medio reventado á la cocina.

Entrar en ella y comenzar á llover preguntas zumbonas y burlescas sobre Juan, todo fué uno.

—¿Qué tal, Juan?... ¿Se te hacía el tiempo largo?—le decía una mujer con aparente benevolencia.

—¿Pesa mucho?—le preguntaba otra.

—Pocos habrás visto más grandes, ¿eh?—le decía la de más allá.

Juan contestaba á todos muy complaciente y muy complacido, considerándose el héroe de la fiesta.

Mas allá, en su interior, le devoraba la curiosidad de ver el maimón y de saber qué clase de bicho podía ser aquél que siendo tan pequeño pesaba tanto.

—Vamos, ahora prepárate á matarle si te sientes con valor para ello,—le dijo el mozo que había dirigido la cazata, entregándole al mismo tiempo un hacha de cota.

—No tengas miedo—le dijo otro, queriendo meterle en aprensión: —si tienes miedo dame á mí el hacha.

—No, Juan no es miedoso,—replicó el primero animándole, y añadiendo:

—Has de estar con mucho cuidado para darle un buen golpe en cuanto asome la cabeza... Pero no le has de dar con el corte, porque tienen el pellejo muy duro y no les entra el hacha: dale con la cota tras de una oreja, que es la manera de que no vuelva á rebullir ni poco ni mucho.

Juan Galán cogió el hacha, la levantó en actitud formidable, y clavó los ojos en el bulto con gran fijeza.

Un mozo cogió el costal por los cornijales y empezó á tirar de él poco á poco para que el maimón se fuese corriendo hacia la boca.

Cuando ya estaba cerca, y mientras todos encargaban á Juan mucho cuidado de no dejar escapar el bicho, el del costal tiró de pronto, y dejó al descubierto en medio de la cocina un descomunal canto rialengo, sobre el cual descargó Juan con todas sus fuerzas un enorme martillazo con la cota del hacha, no sin que le mancara los dedos

el astil por la repercusión del golpe dado tan en duro.

La risa estrepitosa que soltaron todos al sonar el martillazo no fué bastante para sacar de su error á Juan Galán, que se disponía á segundar, y lo hubiera hecho con más fuerza si no le quitan de la mano el instrumento.

No le cabía á él en la cabeza que aquello que tanto trabajo le había costado traer desde la orilla del río no fuera en realidad un animalucho. Estaba viendo la piedra, y todavía le parecía que iba á echar á correr y á escaparse.

—Pero, tonto, ¿no ves que es un canto? —le dijo por fin el ama de casa pudiendo con trabajo hacer oír su voz entre las carcajadas de los demás.

Entonces Juan se rió también como todos, y poco después repetía muy conforme: —Así se divierte la gente.

EL CRIADO MAYOR

No era mala persona el tío Blas... Un poco arbolario, algo hablador, bastante presumido, y muy raro y muy impertinente; pero ¿quién está sin defectos en el mundo?...

En cambio, era fiel y trabajador, amigo de cumplir con su deber y de que todos hicieran lo mismo; tan á ley andaba, como si el caudal fuera suyo, y cerca de él jamás holgazaneaba nadie.

Era el criado más antiguo, ó el criado mayor, como él se solía llamar, aunque á veces todavía se daba otro ascenso y se llamaba mayordomo, palabra que, según él, venía de las dos latinas *major-domo*, que quieren decir: el mayor en la casa... después del amo, naturalmente.

Hay que advertir que el tío Blas había estudiado, de rapazuelo, un poco de latín con los frailes de Trianos, circunstancia que, alentando su presunción, contribuía no poco á hacerle insufrible.

—No creas, Pepín—me decía la primera vez que volví yo del estudio á vacaciones, tratando de examinarme,—no creas que estoy tan impuesto como antes: de algún tiempo para acá se me va olvidando un poco; pero hasta estos años últimos lo mismo me daba á mí hablar en latín que en castellano... Sabía yo ir por vino á Valoria, y á la vuelta traerme los estudiantes de Palencia embobados detrás del carro hasta el puente de Anguarinos echándoles latines.

Lo peor era que no se limitaba su preocupación á saber latín, sino que se extendía á todo. El era, en su sentir, el que mejor araba, el que mejor segaba, el que mejor sabía hacer todas las cosas, y aun el único que sabía hacerlas.

Con aquello de que era el criado mayor, todo lo quería mandar él y no dejaba en paz á los otros criados, que se enfadaban cuando eran nuevos, y acudían con quejas diciendo que á aquel hombre no se sabía cómo entenderle, ni se le podía dar gusto, porque no encontraba nada bien hecho no haciéndolo él, y para eso lo mejor era dejarle á él solo... En lo cual iba envuelta una amenaza de marcharse.

Mi madre les templaba el enfado dándoles la razón, porque solían tenerla; pero encargándoles que respetaran al tío Blas, que era muy antiguo en la casa y además iba

ya siendo anciano; que le obedecieran siempre que fuera posible, ó por lo menos cuidaran de no contrariarle de frente, pues aunque tenía sus rarezas, no se podía prescindir de él por ser el que conocía los mojonos de las heredades y el que estaba al tanto de todo... En fin, venía á decirles que había que soportarle. Lo mismo que se dijo hace años de cierto presidente del Consejo de Ministros, bastante parecido al tío Blas, por lo menos en las malas cualidades.

¡Pobre tío Blas!... Me acuerdo mucho de una de sus majaderías, que pudo costarle bien cara.

Estábamos en la era una tarde á eso de las tres con un sol terrible. Las yuntas se movían perezosamente en la trilla, formando círculos y haciendo oír el monotonó ronron de los cambicios frotando con los palos de enganche, y el suave roce de los trillos sobre la paja. Iban á volver los obreros á segar después de la siesta, cuando comenzó á soplar débilmente el aire del Norte, que en todo el verano apenas se había sentido.

—Pica un poco el cierzo—dijo el tío Blas, que, apoyado en el mango del gario, descansaba un momento de su tarea de voltear la trilla,—y si se formalizara no íbais á segar esta tarde y os quedábais á limpiar, que es cosa que hace mucha falta, porque

ya casi no nos queda sitio donde echar otra trilla, y ésta ya va bien molida... Tenemos toda la era enredada con parvas... como no ha hecho aire... Sí, sí—añadió luego resueltamente al ver que el cierzo iba arremetiendo:—vamos á aparvar esta trilla, que es la que más estorba, y nos ponemos todos á limpiarla... ¡Eh! Barred los trillos y sacadlos—dijo á los rapaces que trillaban medio dormidos.—Tú, Martín, engancha unos bueyes al aparvador, y á aparvar á prisa: ahí tienes gente... Tú coges otro gario—dijo dirigiéndose á otro criado, á Jerónimo,—y me ayudas á componer la parva... Las obreras, que agarren los baños, y á barrer...

Todo se hizo prontamente según las órdenes del tío Blas, que venía á ser una especie de capitán general de la era.

—¡Hala!—dijo cuando se acabó de hacer la parva.—Ahora á poner señales, á coger los bioldos y á limpiar con codicia.

También fué obedecido en esto, y comenzada la operación, comenzó él á dar tachas, según su costumbre, y hacer advertencias.

—No tan alto, Martín, no lo tires tan alto, que es fuerte el aire y lo lleva todo junto... Al codo, Juan, al codo esa paja... No consiste en tirarlo adelante... Parece que estás espalando... Para limpiar bien, mucho unto de muñeca...

En esto llegó de casa una criada diciendo que la señora llamaba al tío Blas.

—¡Váyase por Dios!—dijo éste dándose tono; y se marchó con la criada.

El caso era que un vecino había ido á quejarse á mi madre de que los criados le habían deslindado mal una tierra que no estaba surcada. Mi madre llamó al tío Blas para preguntarle. Mas como el tío Blas no daba razón por no haber ido él á segar allí, le mandó ir á verlo.

Mientras tanto, como el cierzo no se paró en toda la tarde, ni los limpiadores tampoco, más que un momento para mendar, al ponerse el sol acababa de salir el *pez*, que así llamaban al muelo, por su forma alarguetada como la de un pescado.

Cuando ya las obreras estaban azarando y los criados midiendo el trigo limpio, llegó el tío Blas á la era, de vuelta de su expedición imprevista, y dijo al ver concluída la obra:

—Mucho corrísteis... harto será que lo hayáis hecho bien... no estando yo aquí, nunca van bien las cosas... ¿A ver, á ver?...

Y diciendo estas últimas palabras, echó mano á un bioldo y comenzó á tirar paja al aire.

De la primera bioldada volaron hacia atrás dos granos; de la segunda, tres...

—Lo menos media fanega de pan habéis dejado ir con la paja,—dijo el tío Blas sin parar de tirar bieldadas al alto.

—¡Quiá!... Menos lobos, tío Blas,—dijo Martín.

—Menos lobos sí, pero más trigo, porque lo menos tiene una fanega—replicó el tío Blas al ver que seguían saliendo granos...—¿Una fanega dije?... Y también fanega y media—añadió al encontrarse con cinco ó seis granos en otra bieldada.—Y ha de haber que volverlo á pasar, porque tres cuartos de trigo, al precio que trae... y con lo que subirá todavía, importan cerca de cuatro duros, y cuatro duros bien pagan el trabajo de limpiar la parva de nuevo... Pero, ¡sí, sí! ¡Buenos tres cuartos nos dé Dios!... Lo menos tiene media carga... ¡Vamos!... Es que esto es cosa perdida... Andará cerca de las tres fanegas...

Así iba aumentando cada vez un poco, sin dejar de tirar paja al aire, cuando acertó á coger una bieldada de donde habían apurado el rabital, que es por donde pasan los granos fallidos, y salieron como una docena... Aquello fué ya el acabóse. Ya no tuvo reparo en completar la carga.

—Lo menos una carga de trigo habéis dejado ir á la paja—dijo muy formalmente, —y no hay más remedio que volverlo á limpiar: no puede quedar así... Con que,

agarrarse á los bieldos, y manos á la obra, que aunque viene la noche, hay buena luna.

Criados y obreros le obedecieron á regañadientes, y se pusieron á limpiar en la paja limpia.

Al principio guardaban silencio; pero cuando se les fué pasando el mal humor y fueron á la vez adquiriendo certeza de lo enorme del chasco que se iba á llevar el tío Blas, puesto que no aparecía el trigo por ninguna parte, comenzaron á descolgarse con bromas.

—Me parece, tío Blas—decía un obrero, —que la carga va á ser un poco escasa.

—Siempre se quedará en fanega,—añadió otro...

—¿Fanega dices?—replicaba el de más allá.—¡Emina que fuera!... ¡Si no se tropezaba un grano!

—El grano siempre se va escurriendo hacia el suelo—decía ya un si es ó no es acobardado el tío Blas, como quien ve las orejas del lobo. Pero no queriendo dar todavía su brazo á torcer, añadía:—Ya parecerá el grano, ya parecerá...

Duró la limpia hasta cerca de la media noche; y ¿sabes lo que salió después de tan larga faena?—me decía el amigo que me contaba el caso.—Pues entre granos mermados y granos de niebla y granos de nequilla... celemín y medio...

—¿Y qué dijo el tío Blas, el de la carga?...

—La *carga* fué la que le dieron á él entre todos con burlas y cuchufletas, pues cada uno le decía la suya.

No pudiendo sufrir más, se marchó aburrido, se metió en la cama, y de la corajina tuvo un ataque á la cabeza.

No creas que fué cosa de poco, que hubo que ponerle sanguijuelas, y estuvo si se va si se viene...

Afortunadamente, se curó del ataque, y aunque de su fatuidad no se curó del todo, por aquello de que «genio y figura...», sí se reformó algo, y fué desde entonces más razonable y menos presumido.

CALENTURA PALÚDICA

—No os burléis nunca jamás de ningún *físico*—decía el Parletán de Poblón á unos mozos que se reían del albéitar porque había asobinado una vaca descordada y lo había hecho con tal habilidad que después de la operación cojeaba más que antes;—no os burléis nunca de ningún físico, porque los físicos siempre tienen que saber más que nosotros, porque lo han estudiado, y los que lo estudian son los que lo saben.

Me ha pasado á mí sobre eso una cosa que... nunca se la he contado á nadie; pero veréis...

¿Os acordáis de aquel cirujano que tuvimos, algo cegaratoso, que se llamaba don Polonio Moral, y nosotros le llamábamos *Morral*, porque decíamos que no sabía una palabra?... Pues con aquél me pasó á mí un caso que no se me olvida...

La primera vez que yo aliqué á la mi Robustiana, me acuerdo como si fuera aho-